



PARA SOBREVIVIR, LA HUMANIDAD DEBE CAMBIAR SU CONDUCTA: LOS 21 ATRIBUTOS DE LA VITALIDAD CULTURAL

Octubre de 2016
JON HAWKES

Ha sido fascinante observar durante los últimos 15 años cómo el título de una monografía delgada se transformaba en el eslogan de un movimiento repartido por todo el mundo. Además de escribir algunos argumentos que sirvieron para acrecentar una frase ya existente, mi contribución a la lucha que aún persiste para que la cultura obtenga un lugar en el tablero de la planificación ha sido relativamente menor.

Aún más importante resulta destacar que este es un momento para honrar y celebrar los extraordinarios esfuerzos y logros de la Comisión de Cultura de CGLU en lo que respecta al respaldo y la promoción de la acción y políticas culturales, y para aplaudir la notable abundancia de iniciativas culturales que afirman la vida y que han sido iniciadas por varios de los miembros de CGLU.

Pero, al menos para mí, también se trata de un momento adecuado para reflexionar sobre cuántas de aquellas cosas por las que abogué en tal monografía han sido aceptadas. Debo reconocer, tristemente, que mi argumento fundamental ha sido malinterpretado, ignorado, descartado o abandonado por ser demasiado difícil.

Quienes fueron más allá de su título recordarán que el tema central de mi discurso era un intento de contribuir al desarrollo de un marco de planificación pública más eficaz y mejor integrado. Sí, el “cuarto pilar” se ha transformado, en cierta medida, en una parte habitual de la retórica de la planificación, pero queda cada vez más claro que, si bien la frase destacó la necesidad de tomar en cuenta las conductas y creencias particulares de quienes se ven impactados por los planes, no ha esclarecido las teorías o metodologías utilizadas para desarrollar marcos coherentes de planificación. Por el contrario, ha aportado más confusión.

Esto puede deberse a que la mayor parte de los esfuerzos de la nueva ola de “culturalistas” parece haber estado dedicados sobre todo a establecer lo siguiente:

- la “cultura” tiene valor en sí misma y por sí misma (contrariamente al sentido de la cultura de Matthew Arnold con significado de civilización);
- el “sector cultural” como aspecto esencial y productivo de la economía.

Los esfuerzos en estos sentidos pueden resultar útiles, pero creo que caen en un par de trampas:

- quizás sea un resultado inevitable, pero los intentos de proponer un área separada de temas y de políticas culturales, posiblemente concentra la energía cultural en una carroza autorreferencial; otro silo (pilar) en el paisaje.
- la “economización” de la cultura: en lugar de simplemente alentar la mercantilización de la actividad cultural (para la medición se pueda realizar), todos los indicadores desarrollados para evaluar la cultura son numéricos y significativamente financieros

Existe una tendencia a concentrar la energía vinculada con la generación de la política pública en la “cultura” como si se tratara de un sector industrial de la economía que produce productos para el mercado. Las comunicaciones, el entretenimiento, la educación, la publicidad y los asuntos internos no suelen encontrarse dentro de los límites del sector cultural/creativo, pero la retaguardia (las artes plásticas y escénicas, el multimedia, la literatura y las editoriales, las galerías, los museos y el patrimonio) tiene una mirada institucional. Es decir, son como constructos cercados: un sector imaginado, bastante feliz de sus auto referencias y capaz de establecerse bajo su propia cúpula (en su silo totalmente propio).

La confusión se ha visto exacerbada por la combinación de al menos media docena de conceptos de cultura:

- La cultura como parte de la explicación/definición/descripción del mundo/ realidad (naturaleza/educación, biología/cultura)
- La cultura como forma de vida
- La cultura como la producción, la distribución y el consumo de bienes “creativos”
- La cultura como indicador de una civilización avanzada
- La cultura como un elemento “resultante” (es decir, como componente del valor/costo de una actividad)



-
- La cultura como el nombre de una de las cuatro perspectivas utilizadas para analizar planes

No hay nada malo con ninguno de estos conceptos. El problema yace en su confusión y en suponer que la “cultura” es, en sí misma y por sí misma, un “bien”. En la monografía, yo escribí que: “La **vitalidad** cultural resulta esencial para una sociedad saludable y sostenible, al igual que la equidad social, la responsabilidad ambiental y la viabilidad económica. Para que la planificación pública resulte más eficaz, su metodología debe incluir un marco integrado de evaluación cultural que siga líneas similares a las desarrolladas para la evaluación del impacto social, ambiental y económico”. El Cuarto Pilar (Resumen pág. vii).

¿Por qué escogí la palabra “vitalidad” como calificadora de la cultura?

Una vez más, según consta en la monografía:

“Un bebé ruidoso es un bebé saludable. Este cliché de la crianza incluye una medida consistente de verdad cuando se aplica a la cultura. Sin importar cuán encomiables sean los valores [y la conducta] de una sociedad (su cultura), no significan nada si la sociedad carece de vida, vitalidad, dinamismo y discurso público democrático.

“La cultura es un organismo frágil y delicado. Puede atrofiarse o fragmentarse, volverse jerárquico, exclusivo, holgazán, petulante, imperializado, pasivo o unidimensional con mucha facilidad. La salud continua necesita de un cuidado constante y este debe ser el objetivo de la intervención cultural pública. No se trata de centrar la atención en el progreso, el desarrollo o la excelencia, sino en la **vitalidad**:



-
- la cultura florece, ante todo, por la interacción humana; los productos tangibles de esas interacciones, sin importar cuán maravillosos sean, son en última instancia secundarios a los intercambios diarios entre las personas;
 - el hacer cultura es una tarea pública cotidiana; no sólo en las escuelas, en los medios masivos de comunicación y en las “casas de la cultura”, sino en las calles, en las tiendas, en los trenes y en los cafés;
 - nos conocen por nuestra conducta; este proceso público interminable es la marca de una sociedad.”

“ ... La cultura no es una pila de artefactos: somos nosotros; la suma viva de todos nosotros.”

“Las manifestaciones de la vitalidad cultural son lo opuesto a la lista precedente: diversidad sólida, cohesión tolerante, igualitarismo multidimensional, inclusividad compasiva, creatividad energética, curiosidad de mente abierta, independencia segura, salud irrespetuosa. Los atributos de este tipo nos ayudarán a construir un futuro por el que nos agradecerán nuestros hijos”. El Cuarto Pilar (pág. 22-23).

Más allá de este breve párrafo final, lo que no hice en la monografía fue identificar qué cosas deberían considerarse los ingredientes clave de la vitalidad cultural. Por lo tanto, aprovecho la oportunidad para hacerlo en este momento. Los (veintiún) atributos óptimos que pueden conducir a una vida social saludable y continua son las siguientes:



Una cultura abierta que:

es acogedora y hospitalaria con los extraños y las ideas extrañas;
es abierta en el sentido de ser receptiva y transparente;
es respetuosa, civilizada y amable.

Una cultura comprometida:

cuya ciudadanía participa activamente en todos los aspectos de la creación de sentido, desde la generación de arte hasta el auto-gobierno;
cuyos miembros no se comprometen solamente con herramientas e ideas, sino unos con otros;
cuyos miembros están conectados y no aislados, atomizados y alienados;
cuyos miembros participan activamente en los procesos de determinación (es decir, en la gobernanza);
Y una cultura que participa y se relaciona con otras culturas.

Una cultura sólida que:

disfruta enormemente las polémicas;
es ruidosa, clamorosa y vigorosa;
está comprometida con el debate “permanente”, particularmente en relación con la convivencia.

Una cultura rica en valor en la que:

la pregunta “¿qué es lo que importa?” es un tema de debate público constante y universal;
los valores se toman en serio y se aprecia su desarrollo; no como normas grabadas a fuego, sino como una esfera dinámica y fluida de conciencia pública en la que los patrimonios y las aspiraciones se despiertan y negocian en forma constante;
existe un compromiso generalizado con el debate público continuo sobre la “virtud cívica”, los derechos humanos, la democracia, el bienestar, la diversidad

Una cultura auténtica:

en la que la propiedad, la gobernanza autónoma y la determinación de la producción cultural están repartidas;
en la que existe un reconocimiento generalizado de que la libertad y la independencia dependen de la democracia cultural;
que reconoce que la condición fundamental para poseer una cosa es que uno la haya hecho con sus propias manos. La contratación de expertos funciona cuando se trata de reparar las cañerías, pero no para establecer la propia identidad.

Una cultura diversa que:

abrazo la diferencia: “Del mismo modo que la biodiversidad es un componente esencial de la sostenibilidad ecológica, la diversidad cultural resulta esencial para la sostenibilidad social. Los valores diversos no deben

respetarse solamente porque somos personas tolerantes, sino porque debemos contar con perspectivas diversas para sobrevivir, para adaptarnos a las condiciones cambiantes, para abrazar el futuro.” (El Cuarto Pilar, pág. 14) la homogeneidad es una receta para el desastre (y el aburrimiento). incluso la economía reconoce, al menos en la teoría, la necesidad de que exista diversidad.

Una cultura inclusiva:

que reconoce que estamos todos juntos en esto y que tenemos el derecho y la obligación de participar activamente en la toma de decisiones;
en la que la idea del bien común se considera seriamente y el igualitarismo no es una palabra fea.

Una cultura respetuosa en la que:

se honra y aprecia su propia diversidad y sus distintos componentes;
los procesos de gobernanza se toman con seriedad (en el sentido de estar listos para participar en lugar de para subordinarse).

Una cultura curiosa que:

simplemente no pueda dejar de preguntarse por qué y cómo y dónde y cuándo y quién. “¿Qué es eso?”, “¿Me pregunto qué habrá por debajo de eso?”, “¿Por qué es así?”, “¿Y qué pasaría si ...?”, “¿A quién beneficia?”

Una cultura creativa que reconoce:

la función y el valor de la práctica artística;
el potencial de todos sus miembros para participar constructivamente en las actividades artísticas.

Una cultura escéptica que:

reconoce la necesidad de un pensamiento opositor. Nunca lo haremos perfectamente bien, y, de hecho, las aproximaciones a la perfección son dinámicas;
abrazo la necesidad de un disenso constante, para que todas las soluciones y sus resultados sean cuestionados permanentemente. Siempre existe una alternativa, otro punto de vista.

Una cultura analítica en la que:

los valores y las aspiraciones se reevalúan y expresan en forma constante y pública;
existe una revisión constante;
las brechas inevitables entre las aspiraciones y los resultados, los valores y las conductas, los planes y los resultados se examinan cuidadosa y públicamente;
existe un análisis abierto y continuo de todos los aspectos de la gobernanza, garantizando que se entiendan los resultados de las iniciativas públicas y se aprenda de los errores.

Una cultura instruida en la que:

el conocimiento está disperso y democratizado;
se reconoce la necesidad de alentar un compromiso activo y creativo con las ideas, el arte y los valores desde la más temprana edad hasta la muerte;
existe asistencia universal para los ciudadanos que desean estar capacitados para participar.

Una cultura que asume riesgos y:

tiene confianza y coraje para experimentar, formular preguntas difíciles, admitir errores, parecer tonta, enfrentar lo desconocido.

Una cultura sintetizadora:

que no es estática;
en la que existe un intercambio y un intracambio constante;
que abraza y respalda la innovación;
que construye sobre la base de las distintas tradiciones y se adapta a ellas.

Una cultura nutritiva que:

es generosa y perdona y en la que el cuidado y el bienestar son valores y actividades apreciadas;
sabe que todos somos responsables de la salud y felicidad mutuas.

Una cultura equipada, con herramientas, en la que:

existe un acceso público generalizado a las herramientas de expresión, desde mediadores a espacios de producción (para todas las formas de realización); desde medios distributivos (galerías, salas de reunión, radiodifusión, internet) a tiempo promocional;
el espacio público, tanto físico como conceptual, es abundante y receptivo. Espacios en los que, y a través de los cuales, los actores pueden participar poderosamente con sus visiones de un futuro colectivo.

Una cultura consciente de la historia que:

tiene conexiones dinámicas y creativas con sus múltiples historias y patrimonios: "Saber de donde venimos nos ayuda a descubrir hacia dónde queremos ir. Nuestra memoria social y repositorios de comprensión y entendimiento son elementos esenciales para nuestro sentido de pertenencia. Sin ese sentido de pasado, estamos a la deriva en un presente eterno." (El Cuarto Pilar, pág. 30)

Una cultura regenerativa que:

respeta los riesgos de las nuevas generaciones para descubrir sus propios caminos.

Cada generación nueva reinventa la rueda por necesidad. Sin importar la frecuencia con la que las personas de mediana edad exhorten a los jóvenes a evitar los obstáculos de sus antepasados, y a reconocer los antecedentes

de sus emprendimientos, los jóvenes no quieren recibir y quizás no necesitan escuchar estos consejos.

Probablemente sea verdad que no hay nada nuevo bajo el sol, pero es difícil imaginar un sermón que sea aún más inhibitorio. Quizás ya se hayan recorrido todos los caminos y se hayan escalado todas las montañas, pero quienes emprenden esas travesías por primera vez, lo último que necesitan es un mapa.

Necesitan ver el medio con ojos nuevos, no como una guía anticuada. Después de todo, quienes los hemos precedido no hemos logrado exactamente una utopía. Las mentes frescas inventarán nuevas soluciones.

Una cultura bien liderada que:

exhibe un liderazgo que reconoce el espíritu de servicio, no el mando y las órdenes, y que actúa en consecuencia;

respeto pero no difiere su liderazgo;

exhibe un liderazgo que no implica la superioridad y el poder del líder, sino que reconoce que todos somos creativos, todos somos inteligentes y todos tenemos capacidad para participar del proceso de toma de decisiones;

exhibe un liderazgo que alienta a los tímidos y a quienes tienen dificultades para expresarse, que reconoce a los marginales, que democratiza el poder, que facilita la colaboración.

Una cultura que mira al exterior que:

tiene confianza en su propia salud, y apasionadamente descubre tanto las diferencias como las semejanzas con la multiplicidad de culturas o maneras de vivir que la rodean.

El tener presentes estos atributos al evaluar acciones que afectarán el futuro significaría un gran paso hacia la formulación de planes con buenas posibilidades de éxito en su implementación y que contribuyan no solamente a la sostenibilidad, sino también a la inclusión, al bienestar y a la participación comprometida.

Después de todo, me parece más que obvio que ninguna iniciativa de planificación tiene la menor posibilidad de ser eficaz, A MENOS QUE se tomen en cuenta las creencias y las conductas (es decir, la cultura) de aquellos que se verán impactados por la acción.

Y, en conclusión, la conexión entre la cultura y la sostenibilidad es realmente muy simple:

Para sobrevivir, la humanidad debe cambiar su conducta.



PREMIO INTERNACIONAL “CGLU - CIUDAD DE MÉXICO - CULTURA 21”

El “Premio Internacional CGLU – Ciudad de MÉXICO – Cultura21” tiene como objetivo premiar a ciudades y personas líderes que se hayan destacado en su aporte a la cultura como dimensión del desarrollo sostenible. Los días 19 y 20 de mayo de 2016 se celebró la última reunión del jurado, integrado por Eduardo Vázquez Martín, María Victoria Alcaraz, Emmanuel Kouéla, Leônidas de Oliveira, y Farida Shaheed. El Jurado deliberó sobre el nombramiento de una ciudad entre las 56 candidatas y de una personalidad ganadora. El premio “personalidad” fue otorgado ex aequo a Jon Hawkes y Silvia Rivera Cusicanqui. La ceremonia de entrega del Premio tuvo lugar en la Ciudad de México (México), el 27 de noviembre de 2016.

WWW.PREMIO.AGENDA21CULTURE.NET